

# PACIFICO

FEBRERO 1914

MAGAZINE

Precio: UN PESO



# EL CERRO SANTA LUCIA

Por

HERNAN DIAZ ARRIETA

El Cerro y el antiguo río Mapocho.—Trabajos y Combates.—Las ideas de Vicuña Mackenna.—Una Biblioteca.—¡Purifiquemos el Cerro!—El cerro literario y artístico.—El mago y el duende del Cerro; la única leyenda. . .

Ilustraciones fotográficas

Cuando Huelén-Huala, cacique de la Dehesa, le cambió a don Pedro de Valdivia el cerro Santa Lucía por unos terrenos de Talagante, dice la Historia que lo hizo de mala gana y "por temor a males mayores o de su suerte y de su indiada"; pero de seguro que ni el mapuche ni el extremeño soñaron remotamente siquiera el valor que adquiriría más tarde la abrupta roca.

En aquel entonces, era el Cerro una península que partía en dos brazos el caudaloso Mapocho; y según las adivinaciones de los geólogos, años y siglos atrás fué una isla, una roca pequeña cuya más alta punta apenas sobresalía sobre las tumultuosas aguas del río.

Era también dos veces más grande que hoy.

Su tamaño actual se debe a que la mayor parte de las casas antiguas asientan sobre rocas arrancadas a sus flancos por canteras semejantes a las que están carcomiendo en la actualidad el cerro San Cristóbal.

Mas no debemos condenar aquel despedazamiento como esta inexcusable destrucción, pues en la primera época nadie podía imaginar que el Santa Lucía estuviera destinado a ser el mirador ideal de las bellezas del valle. Por su espléndido aislamiento, por sus cortes inaccesibles y hasta su fiero aspecto de dureza, el Huelén parecía hecho por la naturaleza para servir de baluarte y en ello convirtiólo Valdivia

no bien tuvo su posesión: las mismas piedras que hoy, sombreadas de árboles y colgadas de rosas ven pasar elegantes mujeres en veloces automóviles, sintieron golpear la dura planta de doña Inés de Suárez, arremetiendo contra los indios, a la cabeza de su gente y armada de todas las armas.

Así como el primer presidente de este reino de Chile edificó en el cerro un baluarte, el último que hubo venido de España también lo juzgó útil para su defensa y mandó levantar en él dos baterías: la de Marcó del Pont y la de Santa Lucía. En el sitio de ésta, queda un restaurant donde se dan cenas en comedorcitos reservados y en el lugar donde asentó aquella, hay una plaza donde funciona un biógrafo, y una roca con la fecha de 1818, que lo fué de nuestra definitiva independencia.

Poco después de 1818, don Bernardo O'Higgins proyectó formar en el Cerro un paseo público, erigir un monumento a las glorias de Chile y levantar un Observatorio Astronómico; pero nada de esto llegó a realizarse; y por el contrario, en 1827, Santiago estuvo a punto de perder el Santa Lucía: la caja Municipal, eternamente escualida, necesitaba llenarse con cualquier cosa y muchos pensaron vender el cerro.

Durante la presidencia del general Bulnes, llegó a Chile una comisión astronómica yanqui, encargada de practicar observaciones de Venus, y eligió como ubica-



*Vista general del Santa Lucía desde la Alameda en 1874*

ción el que hoy es el gran templo de la diosa.

Queda de esa época un curioso grabado, hecho por don Claudio Gay, en que se ve una pelea de rotos, con altos sombreros y el busto desnudo, y una gran parte del valle del Mapocho, limitado por la cordillera de los Andes.

Guarida de ladrones, madriguera de vagos y asilo de estudiantes que hacían la "cimarra", el cerro Santa Lucía no fué tomado nunca en serio antes del advenimiento de Vicuña Mackenna: apenas si la gente práctica le concedía utilidad como basural y cantera públicos.

Cuando el grande intendente anunció su intención de imitar en el Huelén los jardines suspendidos de Babilonia, el vecindario se escandalizó y don Benjamín fué llamado visionario y derrochador. Tenemos ante nuestra vista uno de los artículos en que se le atacaba por esta obra superflua e imposible y, colocándose en el ambiente de la época, uno le encuentra razón al articulista y comprende que Vicuña Mackenna tuviera la opinión en contra. Pero él estaba por encima de ella y supo vencerla. Valiéndose de los infinitos medios de influencia que le daban su agrado

personal, su verba insinuante e infatigable, su vasta cultura y la alta posición social de su familia, doblegó resistencias, conquistó apoyos y descargó sobre el cerro un torrente de brazos y de voluntades.

Allí trabajaron ciento sesenta presos, treinta esforzados mineros de Atacama, doscientos cincuenta peones y un numeroso personal superior, la mayor parte del cual o no ganaba sueldo o tenía una remuneración exigua.

Dos años duraron los trabajos; dos años de una actividad inagotable y milagrosa en que don Benjamín derrochó genio y paciencia para contentar a todos y sacar del abierto bolsillo personal suyo y de la cerrada bolsa vecinal los doscientos mil pesos que en suma vino a costar la maravilla del Cerro.

Es un capítulo interesante y que está por escribirse el relativo a los bienhechores del Cerro. El entusiasmo desbordante de Vicuña Mackenna era de naturaleza esencialmente comunicativa y así vemos su generosidad personal difundirse como un reguero de fuego, entre sus amigos y colaboradores técnicos.

M. Ansart, Director de los trabajos arquitectónicos, prestó sus servicios gratul-

tamente mientras duró la transformación; Andrés Staimbuck, eminente tallador dálmata, labró la Ermita y el pedestal del Arzobispo Vicuña, no sólo sin cobrar dinero, pero gastándolo de su bolsillo; el general don Mariano Ignacio Prado, peruano al servicio de Chile, donó su sueldo de un año, ascendente a quince mil seiscientos pesos; don Domingo Fernández Concha erogó siete mil, don Luis Cousiño, dos mil, don José Tomás Urmeneta, mil, don Enrique Meiggs, mil, don Emeterio Goyenechea, mil. Todo en moneda de aquel tiempo, cinco veces más valiosa que la nuestra.

Es digno de hacerse notar y de meditar que, a pesar de la escasez de medios y de la extraordinaria rapidez de ejecución, todas las obras quedaron tan perfectamente acabadas que ni una sola se ha derrumbado con los años y los terremotos. Cuanto a la concepción artística del paseo, dos grandes "mejoras" se han hecho desde entonces: el teatro y los carritos eléctricos, desaparecidos para alivio de la estética, y la monumental subida por Alameda, con sus escalinatas de palacio italiano absolutamente ajenas a la fisonomía de fortaleza ceñuda e inaccesible que tiene el Cerro verdadero.

En lugar de invertir en esta construcción impropia y de mal gusto tanto dinero como don Benjamín necesitó para transformar todo el Cerro, podía haberse proseguido en él la acumulación de antigüedades y recuerdos históricos que Vicuña inició y que nadie ha imitado más tarde. Todo lo que hay en este sentido se lo debemos al fundador del Cerro: los cañoncitos coloniales, la campana de la Ermita, única reliquia de la Iglesia de la Compañía, que anunció a Santiago el espantable incendio; el pilón de piedra junto a la Estatua de Cristóforo Colombo, con sus doscientos años, la pila frente al acuario, primera fundición de cobre hecha en Chile (año 1671) y los dos escudos, el de fierro batido, a la entrada del Restaurant, y el de piedra, a la puerta de la plaza del Teatro, verdadera maravilla este último que labró en tres años (1805-1808) el presbítero chileno señor Varela, cobrando por él sesenta mil pesos de nuestra moneda, que no le fueron cancelados nunca.

Otra inspiración de Vicuña Mackenna desdichada por sus sucesores ha sido la de establecer una Biblioteca en la cumbre del Cerro.

Terminada la exposición histórica del



La entrada del Cerro por el Norte, en la época de su construcción

coloniaje, fundóse en el sitio que hoy ocupa el Restaurant una sala de lectura denominada "Biblioteca de Carrasco Albano".

Ya no existe ¿Per qué fué suprimida? En su lugar funcionan las mal olientes cocinas de un bar, que ni siquiera logra costearse, y que ha causado la ruina de tres empresarios. Creemos que se debería dar por fracasada la tentativa de radicar allí un hotel permanente y decidirse a establecer a firme una buena biblioteca.

Una biblioteca en la falda del Cerro le prestaría nobleza y encanto. Sería un lugar de largo reposo muy de acuerdo con el carácter sereno y elevado del paseo. Después de la fatigosa ascensión, uno descansaría en hondos sillones, respirando el aire puro de la cordillera, sintiendo los ruidos de la ciudad confundidos en un solo rumor, como de océano, y levantando a intervalos la vista del libro para dilatarla por el paisaje adormecido en la paz vespertina.

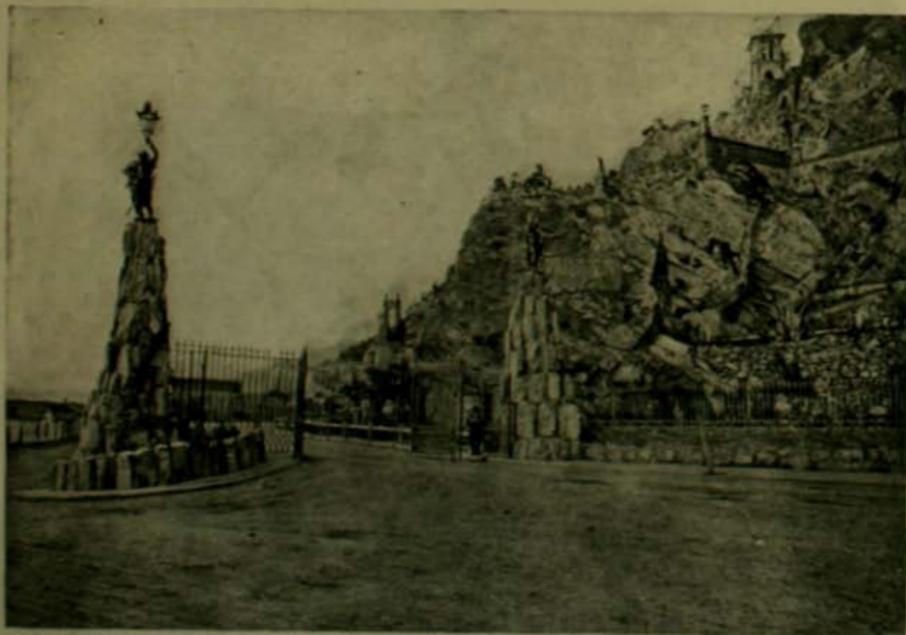
Una Biblioteca le imprimiría al Cerro su sello de dignidad artística y le borraría la fea mancha que le han puesto muchos años de comodoritos reservados. Debemos purificar al Cerro de las cenas ruidosas,

de las borracheras, de las parejas indecentes. El Cerro no debe ser como otro paseo cualquiera: lugar de selección y poesía, así como en otros siglos sirvió para defenderse de los salvajes, ahora se debe constituir un baluarte contra los que no levantan el alma arriba de una copa en un mesón.

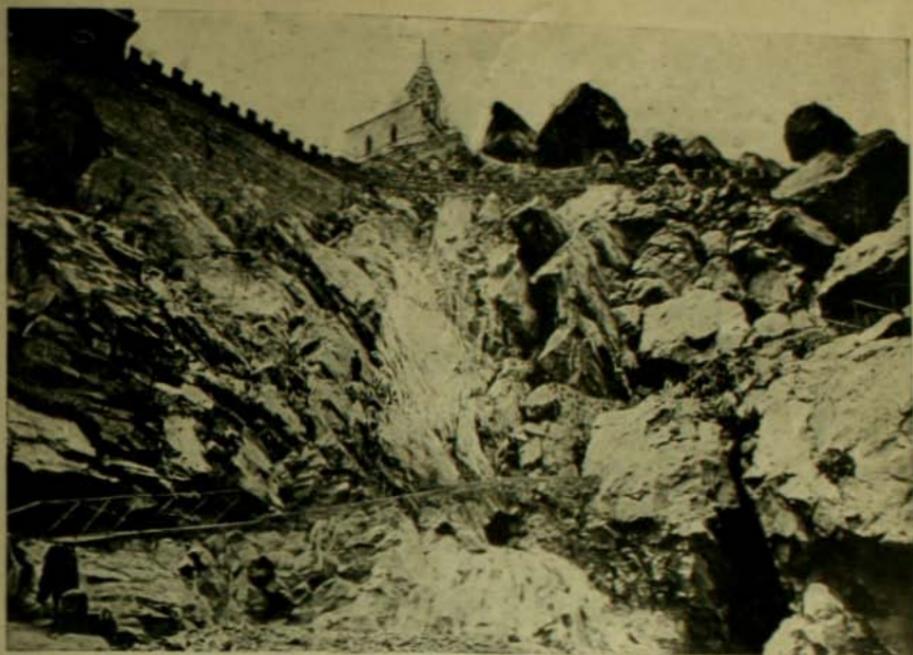
Amado de los artistas y de los espíritus de "élite", el Cerro ofrecería al mismo tiempo a la muchedumbre una lección de cultura más comprensible y eficaz que los museos y que tendría el inestimable mérito de ser original, única verdaderamente nuestra.

Aún cuando nuestros escritores son poco inclinados a cantar las bellezas nacionales y prefieren los ruiseñores de Francia o los pinos de Noruega para adornar sus libros, encuéntrase en poesías y novelas de esta tierra descripciones literarias verdaderamente sentidas del Cerro Santa Lucía y de los paisajes que desde sus rocas se contemplan.

A don Miguel Luis Rocuant, con cuya poesía no comulgamos, el poñón maravilloso le ha inspirado estas estrofas dell-



*La primitiva entrada del Cerro Santa Lucía recién terminada*



Aspecto del Cerro Santa Lucía al iniciarse los trabajos

cadésimas que habrán de sobrevivirle como lo mejor de su acerbo artístico:

Cubriendo peñascos enormes y grises, al borde del Cerro colgaban tapices de leves, risueños rosales en flor. La red delicada del suelto ramaje sutil y silvestre, formaba un encaje de rosas nevadas y obscuro verdor. Al sol matutino, de lo alto prendidas bajaban cubriendo las ramas floridas la parte del cerro cortada en talud; y hacían con sombras y luz arabescos: si por sus dibujos livianos y frescos pasaba una brisa del norte o del Sud. Al tímido soplo de la hora de estío sus lágrimas tenues dejaba en rocío correr por la fibra, la hoja o rama. Algunas brillaban, caían al suelo teñidas de rosa, de púrpura o cielo o envueltas en iris de claro matiz..."

Esta mezcla de gracia y de fuerza de las rocas adustas tapizadas de yedras, colgadas de enredaderas y con filetes de flexibles tallos de árboles, es lo que más fuertemente ha impresionado a los artistas.

"...y de tu Cerro estéril, convertido en oasis...  
nido de amores castos y ardientes satisfechos,  
te mira en mármol blanco don Pedro de Valdivia..."

Dijo Francisco Contreras en un soneto a Santiago, sintetizando en el segundo verso dos aspectos muy propios de este que, aún después de partida la comisión astronómica yanqui, ha seguido siendo el gran campo de observación de Venus.

A medida que se asciende por los caminos llenos de gracia, van apareciendo el valle siempre verde y sonriente y la ciudad con sus techumbres grises y brillantes, encerrados en el inmenso círculo de las cordilleras.

Veamos cómo se retrata el espectáculo en la pupila plástica y detalladora de don Luis Orrego Luco:

"...un grupo de naranjos nos permita vislumbrar, entre los recortes de hojas y los encajes de las ramas, el hacinamiento de techos grises en que predominaban el zinc de las construcciones modernas, un océano

de chimeneas, de torres y campanarios diseminados, la raya de un verde profundo de la Alameda, cortando la ciudad en dos porciones, una de las cuales se pierde a lo lejos en la felpa descolorida de los alfalfaes, entre tanto que la otra no halla riberas a su mar de techos y edificios amontonados sin interposición en larguísima sábana. Los rayos del sol moribundo convierten en ascua de oro la cúpula del palacio morisco de Dfáz Gana... los reflejos de algunos cristales, que ciegan la vista, resaltan junto a la quietud apacible del Convento de las Claras, con su huertecillo sombrío. Vemos las torre-illas del Carmen Alto, sus agujas y

vamente, lentamente, cual si una mano misteriosa hubiera ido plegando las varillas de aquel inmenso abanico de fuego."

Cada estación del año, cada hora del día o de la noche pasan sobre el Cerro Santa Lucía con una belleza nueva.

En el invierno, la lluvia cae y las hojas corren por los caminos, enloquecidas por el viento; a través de los árboles, brillantes de agua, se divisa la ciudad, con sus bajas techumbres mojadas, y más lejos el valle y las montañas envueltas en un vapor blanquecino. Después del amarillo florecimiento de los aromos, empiezan a sentirse en el ambiente los tenues perfumes de la pri-



*El Santa Lucía desde la calle de la Maestranza en 1874*

laminas de estuco, los cipreses tristes de su reducido cementerio..."

Ante el mismo paisaje, Maluenda bate las grandes alas de su inspiración y canta en su estilo luminoso, coloreado y un poco declamatorio:

"...por sobre sus cabezas el sol poniente doraba las copas, suavemente balanceadas por el viento; como en un agitarse de sedas descendía de lo alto el rumor de los follajes... En frente, envuelta en la tenue luminosa gasa de polvo, se dilataba la anchurosa ciudad y la imprecisión que en aquella hora tomaban sus líneas la hacía aparecer fundiéndose con los borrosos llanos distantes... Una inmensa lumbrada incendiaba el dilatado espacio: por un instante el cielo, las montañas, la ciudad aparecieron rojos, envueltos en aquella onda luminosa. Súbitamente, como si el abrasado disco se hubiera desplomado desde la cima de los cerros se amortiguó la deslumbrante llamarada y que la luz apaciguándose sua-

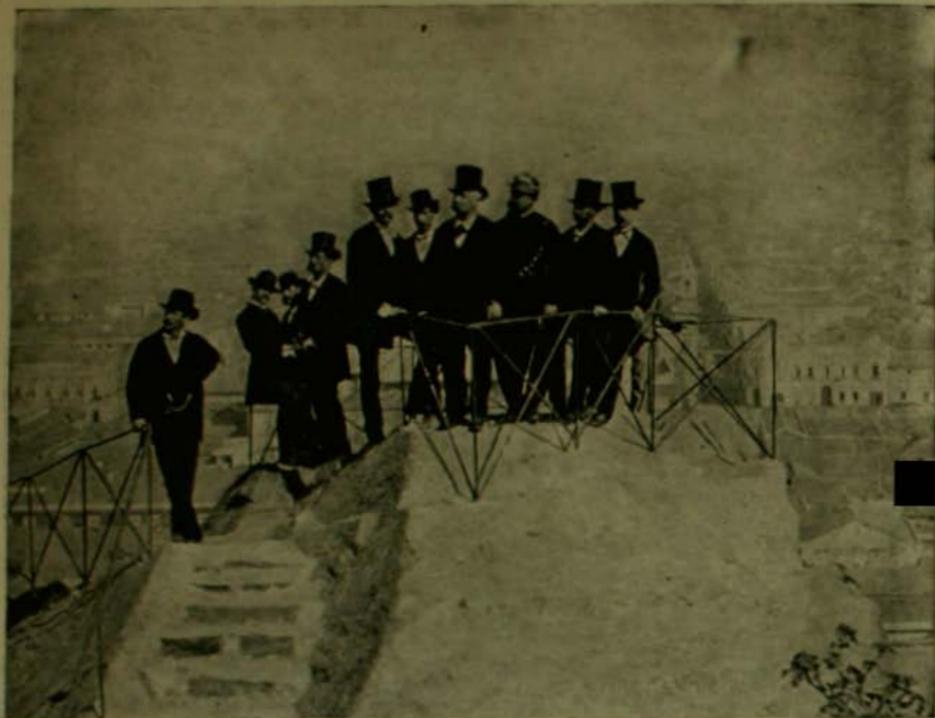
mavera naciente; con la tibieza del sol, los pájaros cantan escondidos en las ramas; vuelan sobre las primeras flores con una alegría loca. Luego, la estación se hace ardiente; tórnense en candelabros de oro las sombrías araucarias y es deliciosa la frescura del agua que golpea las rocas y va llenando el pequeño lago con un manso rumor. Entre el follaje espeso, fórmanse los frutos y se oye el pjar de los pájaros recién nacidos. Las noches estivales se abaten sobre el cerro palpitantes de estrellas y cargadas de una temblorosa languidez. Pasa el verano con la rapidez de las alegrías humanas y con los primeros días del otoño se ven desde las terrazas puestas de sol en que las nubes inflamadas y rotas, semejan el incendio de un palacio colosal y arrojan sobre las rocas y los árboles resplandores sangrientos. Acompañadas por la tristeza de los árboles, que se desnudan para la muerte, llegan las noches transparentes y las primeras brisas frías. La luna se levanta



*Fabricando grutas artificiales*



*El Cerro desde una de las calles de ultra Alameda en 1873*



*Don Benjamín Vieda Muckenna y sus colaboradores, inspeccionando los trabajos del Cerro Santa Lucía*

ta sobre las nieves lejanas y a medida que avanza por el firmamento azul, las estrellas se apartan, la dejan sola y única... Bajo la misteriosa claridad, el Cerro se transforma en un lugar de prodigios, lleno de grutas encantadas y en cuyas indefinidas escalinatas y sorprendentes plazas blancas uno mismo se siente otro sér, fantástico y sobrenatural.



El Parque Conzilio es visitado todas las tardes por una multitud elegante y de buen tono que se estaciona en sus automóviles o desfila bajo los árboles con un recogimiento silencioso y solemne. La Quinta también tiene su muchedumbre amiga: amas con crías, soldados, extranjeros y empleados de tienda acuden todos los domingos a hacer once sobre el pasto o jugar foot-ball en las canchas, bulliciosa y alegremente.

Sólo el Cerro Santa Lucía goza el privilegio de ser comprendido y amado por unos

cuantos adoradores de selección, que no se confunden al encontrarse juntos.

Se les ve siempre, en la mañana o en la tarde, sentados en algún banco de piedra leyendo o paseando la mirada por el paisaje verde y cordillerano. Los enamorados del Cerro, especie de logia silenciosa y reservada, miran con cierto fastidio la invasión del paseo por los extraños y apenas condescienden con las parejas crepusculares, tan discretas que buscan siempre los sitios menos expuestos a la luz.

Son numerosos...

Don Luis Orrego Luco, autor de *Idilio Nuevo* y *Casa Grande*, con atenta pupila experta en la observación de bellezas femeninas: don Alberto Cumming, sabio y amable profesor que creería incompleto su día si no diera una vuelta por el Cerro, después de hacer su clase de *Derecho Romano*; don Santiago Riesco, correcto en su elegancia como un lord inglés; don Máximo del Campo, que atraviesa por los caminos y las plazas con un alto aire de propietario; don Eufrosino Casal, perdido en sus ensueños.

En las mañanas de invierno, recordamos haber visto subir dos gloriosas cabezas blancas que iban a renovar bajo el verdor perenne de los árboles su prolongada juventud: don Julio Zegers, a pie, y don Marcial Martínez, a caballo.

Estos hombres próceres recibían a su paso saludo respetuoso de todos los paseantes y entre las cabezas amigas o ignoradas que abatían sus sombreros, veían relucir la naciente calva de don Paulino Alfonso, ático y honesto, e inclinarse con su amabilidad inconfundible la silueta única de doña Delia Matte de Izquierdo.

Todos estos y otros más, don Manuel Salinas, don Salustio Barros Ortúzar, don Luis Puerta de Vera (con sus dos niños y "La Unión") el general Gorostiaga, don Domingo Calvo Mackenna, desfilan frente a la garita en que doña María vende boletos y frutas. Con su bella cabeza blanca y su sonrisa de Pascua, doña María es la gran amiga de todos y la protectora de los estudiantes, a quienes les guarda los libros y les fía guindas y maltas. Negociante admirable, doña María saca las cuentas con los dedos y cuando el vuelto no anda muy claro,

ella devuelve la mitad del dinero de más y se queda tan contenta.

Entre todos los que aman y frecuentan el Cerro, contribuyendo a fijarle con su presencia una fisonomía inconfundible, hay una persona vestida de negro que durante todo el día circula por todos los senderos, sube y baja por todas las escalinatas y mira las plantas y las flores con tanto cariño, que uno la recuerda siempre al evocar en la memoria los jardines del peñón maravilloso. Es don Alfredo del Pedregal Reyes, Administrador del Cerro. Una vez, con la cristalina sencillez de su carácter, nos refirió cómo había llegado a ese puesto. Se necesitaría la íntima dulzura de Dickens para transcribir el relato con todo su sabor. El señor Pedregal estaba enfermo, tan enfermo que en sus aprensiones veía cercano el fin. Le habían recomendado que se fuera a Bolivia; y estaba dispuesto a emprender el viaje; pero un doctor amigo le aconsejó: Váyase al Cerro, don Alfredo; el puesto de Administrador está vacante. Váyase al Cerro, aunque sea sin sueldo. El señor Pedregal siguió el consejo y pidió y obtuvo el cargo. Los primeros días, apenas podía su-



El primer meeting popular celebrado en el Cerro Santa Lucía.—El objeto fue pronunciarse en favor de la Independencia de Cuba (1871)

bir veinte pasos y una vez que se esforzó por andar más, cayó al suelo arrojando sangre. Pero poco a poco, a fuerza de paciencia y de constancia, fué avanzando más, ascendiendo otros cuantos pasos cada día, hacia la cumbre y hacia la salud. Hasta que el aire purificado por la altura y por los árboles hizo su obra y hoy, ágil y vigoroso, sube muchas veces hasta lo más alto y no experimenta cansancio alguno. Por eso el señor Pedregal quiere al Cerro, lo quiere con amor tierno, celoso y reconocido. Le debo la vida, dice, y él procura que la de los pinos y las rosas sea lo más bella posible. Con tal esmero vigila a los trabajadores; que los empleados del Cerro lo llaman, cariñosamente, "el duende". Gracias a la ubicuidad sobrenatural del duende, puede mantenerse el Santa Lucía en un estado de limpieza perfecto con el mismo dinero con que otros paseos están sumidos en la basura. A propósito, dijéronnos últimamente que se había resuelto trasladar la residencia del Administrador a una calle de la ciudad.—;Preferimos no creerlo! El señor Alcalde no puede hacer eso. Viviendo aparte, el Cerro y su Administrador languidecerían. Sería imposible la vigilancia de todas las horas, continua y tenaz. Los jardineros podrían decirse entre sí:—Todavía no ha llegado el duen-

de; se fué a almorzar el duende; ya se fué el duende... Y esto les mataría el celo que hoy les hace mantener los jardines como un conservatorio.



En nuestros diarios paseos por el Santa Lucía y en nuestras largas conversaciones con los viejos amigos del Cerro, nosotros hemos buscado mucho alguna leyenda que aromara las rocas con un misterio antiguo y sobrenatural.

Pero hasta ahora, sólo hemos llegado a descubrir que el encantado y maravilloso refugio del Huelén surgió al toque de la varilla de un gran Mago y se mantiene y renueva incesantemente bajo la protección de un Duende...

Y esta es la única leyenda del Cerro.

H. D. A.

**Notas:**—Los datos históricos y las noticias de antigüedades nos han sido proporcionados por el Album Gufa del Cerro del señor Egerhardt, obrita excelente como información y detestable como literatura.

El trozo de Maluenda está tomado de su novela inédita *La Señorita Ana*.

